

que usted está de acuerdo en que las mujeres son inferiores á los hombres solamente en cuanto á su constitución física, que las hace más débiles que nosotros; pero en cuanto á sus espíritus, no tendrá usted embarazo para confesar que son iguales.

En esta inteligencia... pero asentaremos tres principios para que nos entendamos con más orden.

*Primero.* Las pasiones son las semillas de los vicios ó de las virtudes, según el uso que se hace de ellas, y éstas reconocen su origen en el alma.

*Segundo.* El alma de la mujer es una substancia espiritual, inmortal é inteligente, igual en todo á la del hombre.

*Tercero.* La disposición natural ó accidental del cuerpo influye particularmente sobre el espíritu, y esta disposición puede hacernos propender á esta ó aquella pasión determinada, pero no obligarnos á hacer mal uso de ella y convertirla en vicio; pues contra las malas inclinaciones tenemos el socorro de la razón y el favor de la gracia auxiliante que á nadie falta.

Sentados estos principios, digo: Que si las mujeres incurren en ciertos defectos con más frecuencia que los hombres, no incurren por ser mujeres, sino porque no están acostumbradas á vencerse, por no saber hacer buen uso de su razón, y de no saber esto, muchas veces, ó las más, no tienen ellas la culpa.

—¿Pues quién la tiene? dijo el Licenciado.— Los hombres, respondió prontamente el coronel; sí, señor; no se escandalice usted, los hombres, que educan mal á las mujeres ó que las seducen y pervierten, tienen la mayor parte de la culpa de los defectos en que ellas incurren.

Para probar esto con evidencia, es menester sentar este principio: que el hombre recibe sólo una educación, que es la de sus padres, y la mujer casi siempre dos, la de sus padres y la de su marido, y ésta, ayudada del amor, influye sobre su corazón más poderosamente que aquélla.

El hombre, si quiere, puede siempre conducirse conforme á las máximas que le inspiraron sus padres; la mujer mil veces se ve obligada á olvidarse de estas máximas... He dicho poco: muchas veces se ve obligada á abandonar con dolor á los mismos instrumentos de su existencia, por contemporizar con los caprichos del marido.

Cuando las mujeres han logrado la fortuna de tener unos padres virtuosos que les han inspirado sentimientos de honor y religión, y después unos maridos juiciosos y prudentes que las saben conservar en ellos, ordinariamente son felices y jamás son notadas de los defectos de que se acusa al común de su sexo. ¡Pero qué pocas veces se ven estas combinaciones!

Frecuentemente se verifica el refrán que dice: que estados mudan costumbres. Apenas varía de estado una mujer, cuando varían su educación y sus modales. La joven que tuvo unos padres virtuosos y arreglados, es un milagro que no se corrompa casándose con un hombre vicioso y libertino; la que tuvo padres indolentes, ó tal vez extraviados, lejos de reformarse al lado de un marido prudente, las más veces se empeora y va á servirle de martirio; y la que tuvo padres perversos y se casa con otro perverso, se convierte en una furia del infierno.

De manera que entre los padres y los maridos se nos pervierten las mujeres. No es esta ficción de una acalorada fantasía; es una verdad que se hace perceptible á la más ligera observación. Una niña, criada en la pobre ó moderada fortuna de sus padres, se casa con un hombre de algunas proporciones, y á los ocho días no se conoce. Los zapatos de cordobán le lastiman; se cansa de andar á pie; se avergüenza de ver la comida en la cazuela; necesita de más criadas que le sirvan; no se presenta en los paseos ni en las visitas, si no puede competir con las demás en lujo, y, finalmente, de la noche á la mañana se vuelve una marquesa la que se crió en un estado humilde.

Otra joven que se crió en el mayor recogimiento, que no salía de su casa sino á la iglesia, que frecuentaba

los sacramentos, que se escandalizaba de los zapatos de color, que rezaba todos los días una porción de novenas y que era una muchacha enteramente virtuosa, se casa con un señorito alegre, y dentro de cuatro días se olvida de todas las buenas máximas y entran en su lugar las que le enseña su marido, y ya la tenemos modista, paseadora, altanera, indevota, descuidada, corriente, marcial, y... ¡qué sé yo!

Si buscamos de estos y semejantes ejemplares en casadas, no nos será difícil hallar bastantes; pero examínese quién ha sido el origen, quién ha tenido la culpa de que se perviertan tales mujeres y de que se pierda en ellas la semilla de la virtud que sus padres cultivaron, y hallaremos que la imprudencia ó la nimia condescendencia ó el mal ejemplo de sus maridos.

No es menester las más veces que las mujeres pasen de un estado á otro para pervertirse. Dentro de sus casas y al lado de sus padres tienen sobradas ocasiones, cuando éstos carecen de la firmeza y juicio necesario para educarlas, especialmente si ellas tienen una carita razonable, un poquito de despejo y algunas habilidades apreciables en su sexo, como son las de tocar, bailar, cantar, representar, etc.

Entonces sin cesar se ven rodeadas de un enjambre de tunantes, de los cuales cada uno aspira á la conquista, no de su corazón, sino de su persona, y para lograrla,

no perdonan ningún medio, por opuesto que sea á las leyes del honor y á la moral cristiana.

Adulaciones, rendimientos, ofertas, juramentos, palabras, dádivas, requiebros, finezas, súplicas, humillaciones, suspiros, lágrimas, intrigas, y hasta los despechos y bravatas son los obuses y culebrinas con que los soldados de Venus atacan decididamente, aun las más inexpugnables fortalezas.

Todos convenimos en que la mujer es débil, tímida y sensible, y por lo mismo está muy expuesta á ser sorprendida por la artificiosa seducción; pero no nos acordamos de esto cuando exageramos sus defectos, ni queremos confesar de buena fe que nosotros somos sus seductores y sus originales en la maldad. Este, á la verdad, es un procedimiento injusto.

En faltando á la mujer una buena educación moral desde el principio, un juicio bien formado y algún conocimiento del mundo, aunque sea de oídas, es imposible que deje de corromperse con semejantes maestros, de adherirse á sus máximas, de seguir sus ejemplos y de rendirse á sus artificiosos ardides.

Si fueran pocas las mujeres que pueden con justicia atribuir á los hombres los extravíos de sus conciencias, y quizá de sus personas, yo me guardaría de confundir las excepciones con las reglas; pero por desgracia no hay reino, provincia, ciudad, aldea, calle y aun casa

donde no haya algunas ó muchas de estas adoloridas desgraciadas que testifiquen mi verdad.

Dícese que las mujeres son vanas, necias y soberbias. ¿No lo han de ser, si sus padres desde chiquitas les fomentan el orgullo y vanidad y les embotan su talento dedicándolas á fruslerías? Dícese que son altivas, presumidas y altaneras; pero ¿qué han de ser, cuando desde que comienzan á descollar en los estrados, ven que los hombres les doblan las rodillas, rinden homenaje á su belleza, á cada paso les hacen su apoteosis llamándolas *divinas* y no dejan de la mano el maldito incensario de la lisonja? Dícese que son falsas, inconstantes y mentirosas; pero ¿cómo no lo serán, cuando no tratan sino con hombres falsos, variables y embusteros? Dícese que son ingratas; ¿y cómo no lo serán con el que abusa de sus ternezas y olvida sus más costosos sacrificios? Dícese que son interesables; pero ¿cómo no lo serán, cuando el interés es la primera red que se les tiende y el primer cebo con que se provoca su apetito? Dícese que son locas; pero ¿cómo no lo serán, cuando jamás han tratado con cuerdos? Dícese... pero se dice tanto y tan sin orden, que yo me espanto, no de que las mujeres sean lo que son, sino de que no sean peores.

Ya ve usted, señor Licenciado, que yo confieso que en el común de las mujeres se hallan, y en un grado sobresaliente, los defectos de que las acusan los hom-

bres, y al mismo tiempo estoy muy lejos de pretender justificarlas; pero no puedo llevar á bien que se crea ó que se diga que las mujeres son peores que los hombres y extremadamente viciosas, *sólo porque son mujeres*, desentendiéndose los que así las insultan de los principios que dejó establecidos.

Todos saben que los hombres son superiores á las mujeres, y que éstas nacen con una dependencia necesaria respecto de nosotros. Esta es una verdad; pero en esta misma verdad se halla envuelta otra de que resulta á ellas una disculpa y á nosotros un cargo, y es que si las mujeres son malas, no puede ser por otra causa sino porque los hombres, que son sus superiores, ó les enseñan la maldad, ó se la consienten; y siendo así, ¿no es una injusticia y una ridiculez el declamar tanto contra ellas, después que los hombres, por la mayor parte, como he dicho, ó son sus seductores ó sus maestros? ¿No es esto lo propio que introducir leña en un horno y luego incomodarse porque arde? En una palabra, señores, los hombres por la mayor parte somos muy linceos para notar los defectos de las mujeres; pero muy topos para conocer, confesar y corregir los nuestros. Convengamos de buena fe en que todos, así hombres como mujeres, tenemos vicios y virtudes, y que así unos como otros hacemos mal uso de las pasiones cuando nos desentendemos de la razón. Lo que importa

es que cada uno se dedique á reformar el mundo, comenzando por sí y por los suyos, y entonces, habiendo muchos padres y maridos arreglados, veremos cómo resultan infinitas hijas y esposas ejemplares.

Los caballeros que asistían á la mesa, fuérase porque se penetraron de las razones que habían oído, ó por adular á las señoras, que sería lo más cierto, luego que el coronel hizo punto en su discurso, comenzaron á repicar con los cubiertos en los vasos y platos, y á gritar muy alegres: — *¡Vivan, vivan las mujeres y su juicioso defensor!*

En seguida brindaron por última vez á la salud del bello sexo, y luego que calmó un poco la bulla, dijo el licenciado Narices: — Señor coronel, justamente merece usted estos aplausos, pues ha tomado con demasiado calor la defensa de las damas, y la ha desempeñado con aire. ¡Vamos! si todas las interesadas hubieran escuchado á usted le tributarían mil elogios, y aun deberían erigir un monumento de gratitud á su memoria.

— No lisonjearían mi vanidad, respondió el coronel, pues yo no he defendido á las mujeres, sino la razón, de cuya parte me pongo cuando se ofrece. A más de que no sé si me habré equivocado en algo de lo que he dicho. Si así fuere, yo me subscribiré gustoso á otra opinión mejor; pero mientras no se me haga ver, estaré por la que llevo expuesta. ¿Qué le parece á usted, señor cura?